

Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616). El escritor de mayor renombre entre los del llamado "Siglo de Oro" de la literatura española, es conocido sobre todo por su novela *Don Quijote de La Mancha*.

De sus primeros años no se sabe apenas nada. Nació en Alcalá de Henares, cerca de Madrid y no parece haber cursado estudios universitarios aunque se sabe que formó parte del círculo intelectual del humanista simpatizante del erasmismo Juan López de Hoyos, quien le llamó "caro y amado discípulo" en una publicación de 1568 cuando Cervantes tenía veintiún años. Al año siguiente Cervantes viajó a Italia para emprender la carrera militar. Participó en la batalla de Lepanto (1571) donde recibió una herida en la mano izquierda (origen de su mote, "el manco de Lepanto"). A pesar de su herida, sirvió como soldado en batallas navales hasta 1575, año en que decidió volver a España. En Italia conoció Roma, Sicilia, Cerdeña y Nápoles y también el vivo ámbito intelectual y cultural de aquellos territorios. A su vuelta a España, la galera en que viajaba fue apresada por corsarios argelinos y Cervantes estuvo preso en Argel durante cinco años, hasta que finalmente se pudo reunir el dinero para pagar su rescate. Publicó su primer libro en 1585, una *novela pastoril* (género sentimental basado en la *Arcadia* del italiano Sannazaro que describe los amores de pastores que cantan elegantes poemas líricos en un ambiente pastoril idealizado). Durante esta época también estrenó algunas obras teatrales en Madrid, pero no parece haber gozado de mucho éxito. A partir de 1587 trabajó durante varios años como comisario de provisiones para la Armada y luego como cobrador de impuestos. Durante estos años sufrió contratiempos al ser encarcelado en dos ocasiones, acusado de malversación de fondos. En 1605 publicó la primera parte de *Don Quijote*, lo que supuso un gran éxito literario y la mejora de su situación económica. En 1613 publicó su colección de *Novelas ejemplares* (doce narraciones breves) y en 1615 la segunda parte de *Don Quijote*. Su última obra no llegó a publicarse en vida del escritor: *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, una elaborada *novela bizantina* (género que describe las aventuras y viajes de dos amantes separados cuyos esfuerzos por reunirse se ven constantemente frustrados), se publicó en 1617.

Aquí se ofrece, primero, el pasaje de la primera parte de *Don Quijote* (1605) en el que el narrador revela que la versión original de las aventuras de Don Quijote y Sancho Panzo la escribió un "historiador árabe" llamado Cide Hamete Benengeli y que lo que estamos leyendo es una traducción al castellano con intervenciones editoriales. El segundo conjunto de pasajes es de la segunda parte (1615). En ellos se narra una de las muchas digresiones de la novela, la historia de Ricote, antiguo vecino de Sancho y víctima de las recientes expulsiones de los moriscos, y la de su hija Ana Félix (o "Ricota"), separada de su padre durante las expulsiones y seguida por su amante Gaspar Gregorio a Berbería donde la había llevado un tío suyo con su madre. El discurso de Ricote al final de este episodio llama la atención por su hiperbólica defensa de la misma política de la que él y su familia son víctimas.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

*Edición,
introducción y notas
de*
LUIS ANDRÉS MURILLO

QUINTA EDICIÓN

clásicos  *castalia*
M a d r i d

El narrador (que se supone es el propio Cervantes) había interrumpido el hilo de la narración en el capítulo anterior (Parte I, Cap. VIII), explicando que la copia que poseía de la historia de don Quijote estaba inconclusa y dejándonos a don Quijote con la espada en alto, preparado para atacar a un vizcaíno que se había atrevido a responder a las beligerancias del protagonista. En el Capítulo IX, el narrador explica que andando un día por el barrio mercantil de Toledo hizo un descubrimiento inesperado...

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo¹⁵, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado¹⁶ que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua¹⁷, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

Preguntéle yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto:

de la omisión de la frase que define el sentido de *tan entera*: '...se fue tan entera a la sepultura como fue en el día en que la madre la había parido'. El papel que desempeñan las doncellas en las ficciones del ciclo bretón se explica por su ascendencia literaria. Descienden de la mitología celta y su prototipo sería una diosa de la vegetación a quien la imaginación primitiva atribuyó una autonomía y virtud natural inviolables. V. 491.1.
¹⁵ Alcaná de Toledo^{bc}] calle de Toledo donde había tiendas de mercadería y especiería.

¹⁶ morisco aljamiado] que hablaba castellano. Dar de esta manera en Toledo con un morisco que leyera árabe (y se supone castellano) no habría sido fácil a principios del siglo XVII. Imagina Cervantes una circunstancia que habría sido mucho más probable años antes. La idea de que el original de las aventuras de un hidalgo manchego esté escrito en árabe, y que un morisco lo traduzca al castellano, y, además, que Dulcinea sea del Toboso, cuya población era en gran parte morisca (tal vez repoblada del reino de Granada o de Valencia) son alusiones burlescas a la asociación que en la opinión popular tenía la Mancha con moriscos.

¹⁷ y más antigua lengua] Alude al hebreo. En el Alcaná de Toledo comerciarían muchos descendientes de familias judías. V. José Gómez-Menor, *Cristianos nuevos y mercaderes de Toledo*, Toledo, 1971.

«Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha».

Cuando yo oí decir «Dulcinea del Toboso», quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha*¹⁸, escrita por Cide Hamete Benengeli¹⁹, historiador arábigo. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro; y, salteándose al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas²⁰ y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente^b y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje^h a mi casa, donde en poco

¹⁸ Se da el título de la supuesta versión original. Nótese que la llama *historia*. El libro de Cervantes, y el del *segundo* autor, se supone ser interpretación, relato o nueva versión de un original. Puede pensarse, pues, que la *historia* de don Quijote es el libro 'original' dentro del libro de Cervantes, que sería una novela en nuestro sentido moderno. El conjunto es parodia originalísima de Cervantes, pues la 'historia' habría de contar la vida completa del personaje, y Cervantes narra solo la etapa final de la vida de su hidalgo. No interesó a Cervantes contarnos apenas nada sobre los primeros cincuenta años de su personaje. La crítica del siglo XVIII no vio esta distinción y dio a *El ingenioso hidalgo...* el título de *Vida y hechos de...* V. 221.

¹⁹ Cide Hamete Benengeli^b] Se deduce que el árabe de tal historiador sería corrompido o no muy puro o correcto, como tampoco lo sería el del traductor, el morisco aljamiado. *Cide* es tratamiento de honor y vale a 'mi señor'. *Hamete* es el nombre propio Hamed, 'el que alaba, el que glorifica'. *Benengeli* es una cómica deformación y tiene sentido de 'aberenjenado' o 'berenjenero'. Cf. II.2, p. 57 y II.27, p. 253. Cov. registra el refrán que alude al gran gusto que tenían los Toledanos a las berenjenas: «Toledano, ajo, berenjena», 206.b.54. Sobre el sentido que además pueda tener este nombre 420-424.

²⁰ pasas] La afición de los moros a las pasas era proverbial^{bc}.

En la segunda parte de *Don Quijote*, Sancho y su amo llegan al palacio de los duques, quienes ya han leído la primera parte y conocen la locura de don Quijote y la simpleza de Sancho. Pretenden divertirse con sus huéspedes, inventando “aventuras” entre las que está la de la “ínsula” de Sancho: le mandan como “gobernador” a una pequeña aldea de entre sus posesiones, sometiéndole a todo tipo de burlas. Sancho no puede más con su “ínsula”, así que finalmente la abandona para volver al palacio ducal donde se ha quedado don Quijote. En el camino se topa con un grupo de peregrinos con su típico atavío, incluidos los bordones o bastones. (Para una imagen del peregrino esteotípico, véase la estatuilla de Santiago Peregrino en las “Lecturas” del Capítulo 3 (“Arte gótico”).)

LA FUNDACIÓN

Que trata de cosas tocantes a esta historia y no a otra alguna

Resolviéronse el duque y la duquesa de que el desafío que don Quijote hizo a su vasallo por la causa ya referida pasase adelante: y puesto que¹ el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo, por no tener por suegra a doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar a un lacayo gascón, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que había de hacer.

De allí a dos días dijo el duque a don Quijote, como desde allí a cuatro vendría su contrario, y se presentaría en el campo, armado como caballero, y sustentaría como la doncella mentía por mitad de la barba², y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió a sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo a gran ventura habérsele ofrecido ocasión donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendía el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento, esperaba los cuatro días, que se le iban haciendo, a la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos.

¹ y puesto que] y pues que, supuesto que¹⁸.

² por mitad de la barba] que mentía con descaro.

[...] Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos a acompañar a Sancho, que entre alegre y triste venía caminando sobre el rucio a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo

Sucedió, pues, que no habiéndose alongado³ mucho de la ínsula del su gobierno —que él nunca se puso a averiguar si era ínsula, ciudad, villa o lugar la que gobernaba—, vio que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones⁴, de estos extranjeros que piden la limosna cantando⁵, los cuales, en llegando a él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fue una palabra que claramente pronunciaba *limosna*, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venía proveído, y dióselo, diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron:

—¡Guelte! ¡Guelte!⁶

—No entiendo —respondió Sancho— qué es lo que me pedís, buena gente.

Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno y mostróse la a Sancho, por donde entendió que le pedían dineros; y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y estendiendo la mano arriba, les dio a entender que no tenía ostugo⁵ de moneda, y picando al rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención, arremetió a él, echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana, dijo:

—¡Válame Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo, sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho.

³ peregrinos con sus bordones¹⁸] Cf. «Bordonero: el que disimulando con el hábito de peregrino y el bordón anda vagando por el mundo por no trabajar. Estos son perjudiciales a las repúblicas, y en muchas partes se examinan con cuidado, porque suelen ser hombre y mujer amancebados y dicen ser casados; y algunos servían de espías disimulados con aquel hábito de peregrino y religioso, y por esta causa [en España] se les veda a los romeros extranjeros que no se puedan estar en la Corte más de un día natural», Cov. 229.b.25.

⁴ ¡Guelte!] alemán, *Geld*, ‘dinero’. Era voz germanesca.

⁵ ostugo] vestigio, pizca¹⁸, cf. II.9, nota 8.

Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extranjero peregrino, y después de haberle estado mirando sin hablar palabra, con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspensión el peregrino, le dijo:

—¡Cómo! Y ¿es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces a tu vecino Ricote⁶ el morisco, tendero de tu lugar?^f

Entonces Sancho le miró con más atención y comenzó a rafigurarle, y, finalmente, le vino a conocer de todo punto, y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dijo:

—¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime: ¿quién te ha hecho franchote⁷, y cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura?⁸

—Si tú no me descubres, Sancho —respondió el peregrino—, seguro estoy que, en este traje, no habrá nadie que me conozca. Y apartémonos del camino a aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente. Yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro lugar, por obedecer el bando de su Majestad⁹, que con tanto rigor a los desdichados de mi nación amenazaba, según oíste.

Hízolo así Sancho, y hablando Ricote a los demás peregrinos, se apartaron a la alameda que se parecía, bien des-

⁶ Ricote: nombre de un valle a orillas del Segura, reino de Murcia, y apellido atestiguado en Esquivias en el siglo XVI^{eb}.

⁷ franchote] nombre despectivo, 'francés', pero se daba a cualquier extranjero que anduviese por los reinos españoles^b.

⁸ harta mala ventura] mucha mala ventura, mucha desgracia^{bs}.

⁹ En 1609 la población morisca se concentraba en los reinos de Valencia (donde formaba el tercio de la población total) y Aragón, Granada, Murcia y Andalucía. En las Castillas y Extremadura su número era, proporcionalmente, mucho más reducido. En 1609 se decretó y llevó a cabo la expulsión de los moriscos del reino de Valencia^f; en 1610 de los moriscos de los reinos de Aragón, Murcia, Granada y Castilla. Aún hubo otros edictos, hasta 1613. La expulsión fue más bien una acción política por parte de Castilla, e impuesta sobre los reinos periféricos. V. John Lynch, *Spain under the Hapsburgs* (Oxford, 1969), II, p. 42-51. Los moriscos del valle de Ricote (supra nota 6) fueron expulsados tardíamente, a fines de 1613^e. Ricote es, como Sancho Panza, nombre con resonancias folklóricas, prototípico. De ahora en adelante le interesará a Cervantes referirse a acontecimientos históricos de los años en que redacta su relato^e.

viados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas o esclavinas y quedaron en pelota¹⁰, y todos ellos eran mozos y muy gentileshombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas, a lo menos, de cosas incitativas y que llaman a la sed de dos leguas.

Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama *cabial*¹¹, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre¹². No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas. Pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino^f, que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán o en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco.

Comenzaron a comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto, todos a una, levantaron los brazos y las botas en el aire; puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas a un lado y a otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía¹³; antes, por cumplir con el refrán, que él muy bien sabía, de «cuando a Roma fueres, haz como vieres», pidió a Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos.

¹⁰ en pelota] en ropas menores^f, en calzas y en jubón^b, en mangas de camisa^e.

¹¹ cabial] caviar^b.

¹² la colambre] por corambre (odre, cuero o pellejo sin curtir); despertar la colambre, avivar la sed de vino^b.

¹³ Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía] Alusión cómica al verso del romance: «Mira Nero de tarpeya/ a Roma como se ardía/ gritos dan niños y viejos/ y el de nada se dolía». *Canc. de rom.*, s.a., f. 213; cf. II.44, nota 22^f.

Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fue posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decía:

—*Español y tudesqui, tuto uno: bon compaño.*

Y Sancho respondía: *Bon compaño, jura Di!*¹⁴

Y disparaba con una risa que le duraba un hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabársele el vino fue principio de un sueño que dio a todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles; solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote a Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando a los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

—Bien sabes, ¡oh Sancho Panza, vecino y amigo mío!, como el pregón y bando^f que su Majestad mandó publicar contra los de mi nación¹⁵ puso terror y espanto en todos nosotros; a lo menos, en mí le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, a mi parecer, como prudente, bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive y se provee de otra donde mudarse; ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, y ir a buscar donde llevarla con comodidad y sin la prisa con que los demás salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y forzábame a creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fue inspiración divina la que movió a su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algu-

¹⁴ jura Di] italianismo Sanchesco: 'juro a Dios'.

¹⁵ nación] raza, linaje^{bc}. Cf. la opinión y el retrato de los moriscos que hace Berganza en el *Coloquio de los perros*, NE, ed. S-B, III, p. 232.

nos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berbería, y en todas las partes de África donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven a ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé a Italia y llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia¹⁶. Dejé tomada casa en un pueblo junto a Augusta¹⁷; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir a España muchos dellos, cada año, a visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en dineros¹⁸, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra que, trocados en oro, o ya en el hueco de los bordones, o entre los remiendos de las esclavinas, o con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan a sus tierras, a pesar de las guardas de los puestos y puertos¹⁹ donde se registran. Ahora es mi intención,

¹⁶ con libertad de conciencia] Castro, 060; Madariaga, 184; 493.

¹⁷ Augusta Vindelicorum, hoy Augsburgo, ciudad en Baviera, Alemania^f.

¹⁸ dineros] «Dinero, en el reino de Valencia, es moneda menuda, vale lo que en Castilla tres blancas», Cov. 473.a.36.

¹⁹ puertos] en el sentido de pasos entre montañas.

Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir o pasar desde Valencia a mi hija y a mi mujer, que sé que está en Argel, y dar traza como traerlas a algún puerto de Francia, y desde allí llevarlas a Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que, en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota^f mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo de servir. Y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fue mi mujer y mi hija antes a Berbería que a Francia, adonde podía vivir como cristiana.

A lo que respondió Sancho:

—Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuese a lo más bien parado, y séte decir otra cosa: que creo que vas en balde a buscar lo que dejaste encerrado; porque tuvimos nuevas que habían quitado a tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro^f que llevaban por registrar.

—Bien puede ser eso —replicó Ricote—, pero yo sé, Sancho, que no tocaron a mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo y ayudarme a sacarlo y a encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

—Yo lo hiciera —respondió Sancho—; pero no soy nada codicioso; que, a serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haría traición a mi rey en dar favor a sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.

—Y ¿qué oficio es el que has dejado, Sancho? —preguntó Ricote.

—He dejado de ser gobernador de una insula —respondió Sancho—, y tal, que a buena fee que no hallen otra como ella a tres tirones.

—¿Y dónde está esa insula? —preguntó Ricote.

—¿Adónde? —respondió Sancho—. Dos leguas de aquí, y se llama la insula Barataria.

—Calla, Sancho —dijo Ricote—; que las insulas están allá dentro de la mar; que no hay insulas en la tierra firme^c.

—¡Cómo no! —replicó Sancho—. Dígote, Ricote amigo, que esta mañana me parti della, y ayer estuve en ella gobernando a mi placer, como un sagitario²⁰; pero, con todo eso, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

—Y ¿qué has ganado en el gobierno? —preguntó Ricote.

—He ganado —respondió Sancho— el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento; porque en las insulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

—Yo no te entiendo, Sancho —dijo Ricote—; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te había de dar a ti insulas que gobernases? ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, a ayudarme a sacar el tesoro que dejé escondido; que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho.

—Ya te he dicho, Ricote —replicó Sancho—, que no quiero; conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mío; que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño²¹.

—No quiero porfiar, Sancho —dijo Ricote—. Pero dime: ¿halláste en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado?

—Sí hallé —respondió Sancho—, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo, y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando y abrazaba a todas sus amigas y conocidas, y a cuantos llegaban a verla, y a todos pedía la encomendasen a Dios y a Nuestra Señora su madre; y esto,

²⁰ como un sagitario] con habilidad^a.

²¹ Correas 216a.

con tanto sentimiento, que a mí me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón^f. Y a fee que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir a quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo. Principalmente se mostró más apasionado don Pedro Gregorio²², aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la quería mucho, y después que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada.

—Siempre tuve yo mala sospecha —dijo Ricote— de que ese caballero adamaba a mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dio pesadumbre el saber que la quería bien; que ya habrás oído decir, Sancho, que las moriscas pocas o ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos^f, y mi hija, que, a lo que yo creo, atendía a ser más cristiana que enamorada, no se curaría de las solicitudes de ese señor mayorazgo.

—Dios lo haga —replicó Sancho—; que a entrambos les estaría mal. Y déjame partir de aquí, Ricote amigo; que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote.

—Dios vaya contigo, Sancho hermano; que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino.

Y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó a su bordón, y se apartaron.

[...]

CAPÍTULO LV

*De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no
hay más que ver*

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dio lugar a que aquel día llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua del, donde le tomó la noche, algo oscura y cerrada; pero como era verano, no le dio mucha pesadumbre, y así, se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio

²² *don Pedro Gregorio*] Se le llamará *don Gaspar* en II.63, 64.

en una honda y escurisima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer, se encomendó a Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos. Y no fue así: porque a poco más de tres estados¹ dio fondo el rucio, y el se halló encima dél, sin haber recebido lision¹ ni daño alguno.

[illegible]

1. The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions, both incoming and outgoing, to ensure transparency and accountability. It emphasizes the need for regular audits and the use of reliable accounting software to track expenses and income effectively.

2. The second section focuses on budgeting and financial planning. It outlines how to set realistic goals, allocate resources wisely, and monitor progress against the budget. This involves identifying key areas of expenditure and ensuring that funds are used efficiently to achieve the organization's objectives.

3. The third part addresses risk management and contingency planning. It highlights the potential risks associated with financial mismanagement and provides strategies to mitigate these risks. This includes establishing emergency funds, diversifying investments, and having backup plans in place for unforeseen circumstances.

4. Finally, the document concludes by stressing the importance of communication and collaboration among all stakeholders involved in the financial process. Regular meetings and open dialogue are essential for making informed decisions and ensuring that everyone is working towards the same goals.

¹ *estados*] II.23, nota 1^a.

² *lisión*] lesión, rotura de algún miembro.

² "Moral Principles," *Journal of the American Medical Association*, 1934, 102: 1017-1018.

Después de abandonar el palacio de los duques, don Quijote y Sancho viajan a Barcelona donde son recibidos como celebridades. Un noble barcelonés, don Antonio Moreno, los lleva al puerto para ver las galeras donde se les invita a hacer un "tour" en una de ellas. Su galera, con dos más que la acompañaban, se encuentra con un bergantín de corsarios berberiscos cerca de la costa. Lo persiguen y lo apresan, pero no antes de que dos soldados turcos que iban en él maten a dos soldados españoles. Vuelven a puerto con el bergantín capturado, cuya tripulación el general de la galera piensa ahorcar. En esto llega también el virrey de Barcelona.

[...] preguntan quería el general que se les iban aquellos, o qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero¹³

[...] Señal hace Monjuí¹⁴ de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente

Esto oído, saltó el general en la cruzía¹⁵, y dijo:

—¡Ea, hijos, no se nos vaya! Algún bergantín de corsarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala¹⁶.

Llegaronse luego las otras tres galeras a la capitana, a saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen a la mar, y él con la otra iría tierra a tierra, porque así el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron a la mar a obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce o quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza¹⁶, con intención y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeltes que en la mar navegaban, y así le fue entrando¹⁷, que claramente los del bergantín conocieron que no podían escaparse, y así, el arráez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar a enojo al capitán que nuestras

¹³ el marinero] el encargado de ver y observar lo que atañe a la navegación y lo que pasa dentro del horizonte visible.

¹⁴ Monjuí] el castillo de Montjuich, al sur de Barcelona, donde estaba situada la torre del vigía¹.

¹⁵ saltar en cruzía: solo lo hacían los que mandaban en los buques².

¹⁶ ponerse en caza: maniobrar un bajel para huir³.

¹⁷ entrando] alcanzando.

galeras regia. Pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca, que podían los del bajel oír las voces que desde ella les decían que se rindiesen, dos *toraquis*, que es como decir dos turcos borrachos¹⁸, que en el bergantín venían con estos doce, dispararon dos escopetas con que dieron muerte a dos soldados que sobre nuestras arrumbadas¹⁹ venían. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida a todos cuantos en el bajel tomase, y llegando a embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta²⁰. Pasó la galera adelante un buen trecho; los del bajel se vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo, a vela y a remo, se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana a poco más de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos a todos.

Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron a la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dio fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virrey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arráez y a los demás turcos que en el bajel había cogido, que serían hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los más, escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arráez del bergantín, y fuele respondido por uno de los cautivos, en lengua castellana, que después pareció ser renegado español:

—Este mancebo, señor, que aquí vees es nuestro arráez.

Y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no llegaba a veinte años. Preguntóle el general:

¹⁸ dos toraquis...borrachos] *Toraquí* se ha explicado como equivalente a *turquí*: turco (Eguílaz)¹, o derivado de *tiryāqi*, ár., 'adicto al vino' (Ravaisse, 149, #37). La primera de estas explicaciones no aclara por qué «dos toraquis» había de significar «dos turcos borrachos»; la segunda, por lo menos, se propone aclararlo.

¹⁹ arrumbadas] corredores en los bandos donde los soldados se colocaban para hacer fuego, *Acd*.

²⁰ palamenta] «Es el conjunto de remos de una embarcación, que cayendo sobre el borde de otra, sirve de puente para pasar a ella. Iria con tal velocidad la galera, que cuando bajaron los remos ya habría pasado el corsario»².

—Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió a matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda a las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer a los hombres atrevidos, pero no temerarios.

Responder quería el arráz; pero no pudo el general, por entonces, oír la respuesta, por acudir a recibir al virrey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

—¡Buena ha estado la caza, señor general! —dijo el virrey.

—Y tan buena —respondió el general— cual la verá Vuestra Excelencia agora colgada de esta entena.

—¿Cómo así? —replicó el virrey.

—Porque me han muerto —respondió el general—, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado de^f ahorcar a cuantos he cautivado, principalmente a este mozo, que es el arráz del bergantín.

Y enseñóle al que ya tenía atadas las manos y echado el cordel a la garganta, esperando la muerte.

Miróle el virrey, y viéndole tan hermoso, y tan gallardo, y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura^b, le vino deseo de escusar su muerte, y así le preguntó:

—Dime, arráz, ¿eres turco de nación, o moro, o renegado?

A lo cual el mozo respondió, en lengua asimesmo castellana:

—Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

—Pues ¿qué eres? —replicó el virrey.

—Mujer cristiana —respondió el mancebo.

—¿Mujer, y cristiana, y en tal traje, y en tales pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla.

—Suspended —dijo el mozo—, ¡oh señores!, la ejecución de mi muerte; que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida.

¿Quién fuera el de corazón tan duro que con estas razones no se ablandara, o, a lo menos, hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó a decir desta manera:

—De aquella nación más desdichada que prudente sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nació yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos²¹ llevada a Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían a cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla; antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido, y así, por fuerza más que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana y un padre discreto y cristiano, ni más ni menos; mamé la fe católica en la leche; criéme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas jamás, a mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fue mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto a nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vio, cómo nos hablamos, cómo se vio perdido por mí y cómo yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así, sólo diré cómo en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tíos míos que consigo me traían; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro^b, se salió del lugar y se fue a buscar alguno en los reinos estraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte de quien yo sola tengo noticia muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados²² y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba, en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos a Berbería, y el lugar donde hicimos asiento

²¹ dos tíos míos] Pudieron ser el tío Juan Tiopieyo y su mujer, cf. II.54, p. 452.

²² cruzados] moneda de Felipe II y Felipe III como rey de Portugal*.

fue en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dio de mis riquezas, que, en parte, fue ventura mía. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrían cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron a decir como venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podía imaginar. Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecer se pueden. Turbóme, considerando el peligro que don Gregorio corría, porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un mo- chacho o mancebo hermoso que una mujer, por bellísima que sea²³. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decían. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir a vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podía tener para que yo volviese a España a sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corría el mostrar ser hombre, vestile de mora, y aquella mesma tarde le truje a la presencia del rey, el cual, en viéndole, quedó admirado, y hizo disignio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podía tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos, que no puedo negar que no le quiero, se deje a la consideración de los que se apartan si bien se quieren. Dio luego traza el rey de que yo volviese a España en este bergantín y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino también conmigo este renegado español —señalando al que había hablado primero—, del cual sé yo bien que es cristiano

²³ Cf. I.40, nota 4^{bc}; Givanel Mas cita los pasajes de Haedo.

encubierto y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver a Berbería; la demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos e insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que a mí y a este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveídos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa²⁴ y hacer alguna presa, si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algún accidente que a los dos nos sucediese podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, o, por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Éste es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada; lo que os ruego es que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nación han caído.

Y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, a quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virrey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó a ella y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba.

En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virrey; y apenas dio fin a su plática la morisca, cuando él se arrojó a sus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo:

—¡Oh Ana Félix, desdichada hija mía! Yo soy tu padre Ricote, que volvía a buscarte por no poder vivir sin ti, que eres mi alma.

A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza —que inclinada tenía, pensando en la desgracia de su paseo—, y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual, ya desatada, abrazó

²⁴ *barrer la costa*: recorrerla haciendo presa de lo que pudieren^f.

a su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al general y al virrey:

—Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria a buscar en reinos estraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndole hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes, a buscar mi hija y a desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé a mi hija; hallé el tesoro, que conmigo traigo, y agora, por el estraño rodeo que habéis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es a mi querida hija. Si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías, por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir puertas a la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados.

Entonces dijo Sancho:

—Bien conozco a Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto a ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena o mala intención, no me entremeto.

Admirados del estraño caso todos los presentes, el general dijo:

—Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento; vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron.

Y mandó luego ahorcar de la entena a los dos turcos que a sus dos soldados habían muerto; pero el virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya. Hizo el general lo que el virrey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas a sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar a don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba; ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenía. Diéronse muchos medios; pero ninguno fue tal como el que dio el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver a Argel en algún barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía dónde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba.

Dudaron el general y el virrey el fiarse del renegado, ni confiar de los cristianos que habían de bogar el remo; fióle²⁵ Ana Félix, y Ricote, su padre, dijo que salía²⁶ a dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen.

Firmados²⁷, pues, en este parecer, se desembarcó el virrey, y don Antonio Moreno se llevó consigo a la morisca y a su padre, encargándole el virrey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible; que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo. Tanta fue la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

[...]

CAPÍTULO LXIV

Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido

La mujer de don Antonio Moreno cuenta la historia que recibió¹ grandísimo contento de ver a Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discreción, porque en le uno y en lo otro era estremada la morisca, y toda la gente de la ciudad como a campo de batalla.

El día de la partida de don Antonio Moreno, el virrey le dio un gran regalo, y don Antonio Moreno se llevó consigo a la morisca y a su padre, encargándole el virrey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible; que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo. Tanta fue la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

²⁵ *fióle*] salió fiador o responsable^b.

²⁶ *salía*] se obligaba^b.

²⁷ *Firmados*] firmes, afianzados, resueltos^f.

¹ *La mujer* cuenta la historia que recibió. «Es una construcción en la que la palabra *recibió* funciona como verbo impersonal, y el sujeto es la mujer».

El renegado vuelve a Barcelona después de conseguir rescatar a Gaspar Gregorio, que se reúne con su deseada Ana Félix en casa de Antonio Moreno...

...y así era la verdad; porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al visorrey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver a Ana Félix, vino con el renegado a casa de don Antonio, y aunque don Gregorio cuando le sacaron de Argel fue con hábitos de mujer, en

[...]

--Déjese deso, señor --dijo Sancho--: viva la gallina, aunque con su pepita⁴: que hoy por ti y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana. si no es que se quiere estar en la cama; quiero decir que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas penden-
cias. Y levántese vuestra merced agora para recibir a don Gregorio; que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.

Y así era la verdad; porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al visorrey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver a Ana Félix, vino con el renegado a casa de don Antonio, y aunque don Gregorio cuando le sacaron de Argel fue con hábitos de mujer, en

⁴ Cf. I.58, nota 10.

⁵ Correos 540a.

⁶ II.5, nota 2.

el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremano, y la edad, al parecer, de diez y siete o diez y ocho años. Ricote y su hija salieron a recibirle, el padre con lágrimas y la hija con honestidad. No se abrazaron unos a otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular⁷ a todos juntos los que presentes estaban. El silencio fue allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos.

Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar a don Gregorio; contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba a sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como a los que habían bogado al remo. Reincorporóse y redujóse el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido, volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

De allí a dos días trató el visorrey con don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir a la corte a negociarlo, donde había de venir forzosamente a otros negocios, dando a entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban⁸.

--No --dijo Ricote, que se halló presente a esta plática-- hay que esperar en favores ni en dádivas; porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar⁹, a quien dio su Majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas;

⁷ en particular] singularmente¹⁰.

⁸ se acaban¹¹] en la acepción de recabar o conseguir.

⁹ Por real decreto, don Bernardino de Velasco y Aragón, conde de Salazar, fue encargado de llevar a cabo el cumplimiento de la orden de expulsión de los moriscos en las dos Castillas, La Mancha y Extremadura, entre 1609 y 1613; en 1614 dirigió la expulsión de Murcia, especialmente en el Valle de Ricote¹².

